

El cautivo de Argel, de Ezequiel Endériz, o de cómo «la poesía desencadena y hace libres los espíritus, consuela los dolores y eleva el alma»

CARLOS MATA INDURÁIN

GRISO / Universidad de Navarra

Ezequiel Endériz Olaverri (Tudela, Navarra, 1889-Curbevoie, Francia, 1951) es autor de obras diversas en distintos géneros literarios: poesía, reportaje, ensayo, estampa, novela, teatro... Del conjunto de su producción literaria cabe entresacar su relato *El cautivo de Argel* (1949), una novela corta sobre el cautiverio de Cervantes en los famosos *baños* de Argel: allí el cuerpo del ingenio complutense yace prisionero, pero disfruta de una libertad de pensamiento que en España —se indica— quizá no tendría, porque «la poesía desencadena y hace libres los espíritus, consuela los dolores y eleva el alma; puede, en fin, más que el más bárbaro verdugo y la más dura prisión» (p. 17b).¹ En este trabajo estudiaré el tratamiento del personaje de Cervantes y de su cautiverio en esta recreación narrativa española de mediados del siglo xx. Pero antes ofreceré unos datos mínimos sobre el autor y su obra literaria, no demasiado conocida ni estudiada. Sí ha generado algo más de atención la faceta pública de Ezequiel Endériz, que tuvo una notable actividad, sobre todo como periodista de ideas progresistas (y también como político y sindicalista).²

¹ Todas las citas corresponden a Ezequiel Endériz, *El cautivo de Argel*. Novela corta inédita, (s. a.).

² Ha generado cierta bibliografía que puede verse recogida en el apartado final, y de la que tomo los datos para este resumen biográfico. Ver también Mata Induráin (2003:177).

1. Breves datos sobre Ezequiel Endériz y su obra

Cursó Endériz sus primeros estudios en el colegio San Francisco Javier de Tudela y más tarde los continuó en la Universidad de Barcelona. Desde muy joven se interesó por la literatura, el periodismo y el teatro: así, ya en 1907 colaboraba en el periódico canalejista *El Demócrata Navarro*, de Pamplona. Trasladado a Barcelona, contó con el padrinazgo de Alejandro Lerroux. Ejerció como crítico taurino en las páginas de *El Liberal* con el seudónimo de Goro Faroles. Tradujo del portugués al escritor y político Júlio Dantas y publicó en *Los poetas*, revista fundada por Víctor Gabirondo. Colaboró igualmente en *Nuevo Mundo*, *Cosmópolis* y *Grecia*. Publicó decenas de artículos en el periódico liberal pamplonés *El Pueblo Navarro*, y dio a las prensas un libro sobre *La Revolución rusa: sus hechos y sus hombres* (escrito en 1917), prologado por Luis Araquistáin.

A partir de septiembre de 1918 dirigió en Madrid *Las Izquierdas*, que buscaba impulsar la colaboración entre republicanos y socialistas desde una perspectiva radical y revolucionaria. Asimismo pasó a colaborar en el efímero *El Soviet. Periódico revolucionario*; se mostró firme defensor de los bolcheviques, e incluso se declaró amigo de Trotski. Endériz fue, por tanto, uno de los republicanos de extrema izquierda que se adhirió a la vía revolucionaria seguida en Rusia con el objetivo de implantar en España una república sustentada en las masas obreras.

En 1919 intervino en la creación del primer Sindicato Español de Periodistas y Empleados Administrativos, adherido a la UGT, del que resultó elegido presidente. Endériz y otros compañeros de *El Liberal* fundaron, bajo el patrocinio de Santiago Alba, *La Libertad*, publicación que se caracterizaría por su republicanismo izquierdista. Apartado de la dirección del sindicato, empezó a vincularse con los dirigentes anarcosindicalistas (Pestaña, Piera, Seguí, Bajatierra, Samblancat y otros).³

Más tarde entró en la redacción de *La Tierra*, donde publicó un artículo, «La infancia de Manolito», en el que descalificaba a Manuel Azaña. Al enterarse del incendio de las iglesias y conventos en mayo de 1931, Endériz protestó porque, en su opinión, tales actos solo podían favorecer a los enemigos de la República. A comienzos de 1933 suscribió el manifiesto de la Asociación de Amigos de la URSS. Al mismo tiempo, Endériz cambió de actitud respecto a Azaña y en su folleto titulado *El Pueblo con Azaña* glosó las excelencias del futuro presidente de la República. Presumiblemente Endériz se afilió a Unión

³ «Amigo y colaborador de Blasco Ibáñez. Endériz fue un hombre de ideas progresistas y correligionario de Ángel Pestaña y del Noi del Sucre», escribe Sánchez-Ostiz (1990:290).

Republicana, pero durante la guerra civil se mantuvo vinculado a sus antiguos compañeros anarcosindicalistas, pues publicó, entre otros periódicos, en *Solidaridad Obrera*, *CNT*, *Umbral* y *Nuestra lucha*.

Una vez terminada la contienda bélica, se instaló por algún tiempo en Toulouse. Después se trasladó a París, donde colaboró en algunos periódicos. Intervino también junto al padre Olaso en las emisiones en castellano de Radio París, popularizando el seudónimo «Tirso de Tudela», en un espacio titulado «La rebotica» en el que hablaba de política, arte, literatura, folclore y costumbrismo. Como escribe Sánchez-Ostiz (1990:290):

Durante su exilio parisino mantuvo una estrecha amistad con César González-Ruano, quien lo retrató como un «navarro de vida agresiva y valiente, bastante desgarrada...» y lo calificó como «poeta hondo y natural, espontáneo» que «logró la máxima popularidad que puede tener un poeta de lo popular: la pérdida de su propio nombre en la boca del pueblo», refiriéndose a la faceta de Endériz de autor de jotas.⁴

⁴ Recuerda que «fue el autor de varias coplas de jotas que más asiduamente cantaba Raimundo Lanas» (Sánchez-Ostiz 1990:290).

También participó en la creación de la revista *I.B.E.R.O.*, de Ignacio Barrado, en la que escribió varios artículos poco antes de su muerte, ocurrida en 1951.

Si la faceta de Endériz como periodista ha sido estudiada, no sucede lo mismo con la de literato. Como escritor, el tudelano es autor de obras pertenecientes a muy diversos géneros; mencionaré los títulos más destacados: *Abril*, poesía (Barcelona, 1911); *Lluvia de luz*, poesía (Barcelona, 1912); *Vengadoras*, novela (Barcelona, 1912); *Belmonte. El torero trágico* (Madrid, s. a.); *La Revolución rusa: sus hechos y sus hombres*, con prólogo de Luis Araquistáin (Madrid, s. a.); *El mariscal Foch. Biografía* (Madrid, 1918); *La travesía del desierto y otros poemas*, con prólogo de Enrique Gómez Carrillo (Madrid, 1920); *Yo, asesino*, novela (1922); *Siete viajes por Europa* (París, 1924); *Guerra de autores* (Madrid, 1935); *Teruel* (Barcelona, 1938); *Fiesta en España* (Toulouse, 1949); y *El cautivo de Argel* (Toulouse, 1949). Entre sus piezas teatrales (varias de las cuales fueron estrenadas en Barcelona, Madrid, París, Buenos Aires y México) se cuentan las tituladas *La guitarra de Fígaro*, comedia lírica con música de Pablo Sorozábal; *Madamme Butterfly*, drama en tres actos escrito en colaboración con Víctor Gabirondo; o la zarzuela *Noche de guerra*, en colaboración con Joaquín Roa y música de Rafael Millán. José María Corella Iraizoz (1973:226) valora el

conjunto de su obra señalando que Endériz «es escritor de rica descriptiva y en su obra se aúnan felizmente la prosa y el verso».

De toda esa producción literaria cabe destacar un par de títulos, *Fiesta en España* y *El cautivo de Argel*, en el que me detendré después. Bajo el primer epígrafe se incluye una serie de estampas costumbristas sobre las fiestas, músicas y bailes de España: «La corrida de toros», «La tonadilla», «Moros y cristianos», «La Verbena de San Antonio», «La Feria de Abril», «Corpus Christi», «La Romería», «Las Fiestas de San Fermín», «La saeta», «La habanera», «La sardana», «La guitarra», «Las Fallas», «El zortzico», «Las castañuelas», «El organillo», «La jota» y «La Noche de San Juan». Manuel Iribarren (1970:81) comenta que es «su mejor obra, donde se dan, en prosa y verso, estampas de las regiones, descripciones de fiestas profanas y religiosas, canciones y bailes, folklore en suma».

2. *El cautivo de Argel* y el retrato de Cervantes

Mucho más interesante para mi propósito resulta *El cautivo de Argel*, narración publicada en Toulouse en 1949 como número 17 de la colección «La Novela Española», que dirigía el propio escritor. Se trata de una novela corta (23 páginas de texto a doble columna, repartidas en cuatro capítulos) que aborda el cautiverio de Cervantes en Argel. El argumento abarca desde el apresamiento del escritor hasta su malogrado intento de fuga auspiciado por el jardinero navarro Juan de Valtierra. De su vida anterior, se menciona tan solo que ha sido soldado, que quedó manco en Lepanto y que es poeta; en cuanto a los hechos posteriores, hay una alusión a su deseo de escribir un gran libro, más la mención anticipatoria final de que sería liberado tras cinco años de prisión, así como el vaticinio, a través de unas palabras de Juan, de que Cervantes dará mucha gloria a España.

Los datos históricos incluidos por Endériz en su relato son mínimos: el dominio de los corsarios argelinos en el Mediterráneo; el apresamiento de Cervantes a bordo de la galera *Sol*; los personajes de Arnaute Mamí y Azán Bajá; el hecho de que sus captores lo crean un gran personaje por el que se puede pedir un alto rescate (pero sin que se aluda a las cartas que portaba Cervantes y que dieron lugar a esa confusión)... y poco más. Los cuatro intentos de fuga de la realidad histórica se ven reducidos aquí a uno solo, en el que adquiere un destacado papel protagónico el jardinero navarro llamado Juan, sin que falte la traición del renegado conocido como *El Dorador*. Se

⁵ «Una música suave de chirimía y guzla, los aromas artificiales de los pebeteros y la molicie de tapices y cojines envolvía todo en pereza» (p. 14b); la descripción del vestido de Arnaute (p. 14b), etc.

⁶ No es mi objetivo comparar lo que cuenta la novela con los hechos históricos reales (ver Garcés 2005), ni tampoco analizar las posibles reminiscencias con el relato del capitán cautivo en el *Quijote*, sino ver el tratamiento que se da del personaje Cervantes.

incluyen además algunas ligeras pinceladas de color local sobre la vida en Argel: así, una breve descripción de la ciudad y de los *baños* o una alusión a los tormentos que se daban a los cristianos rebeldes.⁵ Por otra parte, hay que tener en cuenta que las reducidas dimensiones de la novelita no permiten mucho más. En definitiva, si alguien busca en *El cautivo de Argel* una novela histórica erudita y documentada, no la encontrará.⁶ Tampoco existe una intriga especialmente significativa, en el sentido de que el lector conoce a priori que Cervantes no logró huir de su cautiverio en sus sucesivos intentos de fuga. Así las cosas, la etopeya, el retrato interior del escritor, constituye lo esencial del relato de Endériz.

¿Cómo aparece, pues, caracterizado Miguel de Cervantes en esta novelita? Los principales rasgos que se destacan son: la valentía (demuestra con sus palabras y sus hechos que no le falta valor); la resignación en su prisión (se muestra alegre y jovial pese a todas sus penalidades); su piedad religiosa (continuamente reza, pide ayuda a Dios o le agradece algún favor, etc.); el ingenio (da agudas respuestas a sus captores, tiene ocasión de escribir versos...); el humor y la ironía (da muestra de ello en varias de sus intervenciones; luego comentaré este detalle); pero, sobre todo, Cervantes queda caracterizado por su inmenso anhelo de libertad: la libertad de espíritu y, por añadidura, la libertad que le otorga el ejercicio de la escritura. Examinaré a continuación los pasajes más significativos a este respecto.

En el capítulo I, se nos presenta a bordo de la galera —el autor escribe *fragata*— Sol un soldado «con el brazo izquierdo cercenado, nariz aguileña, ojos claros y vivos y barbita rubia» (p. 7b). No hacen falta más datos para que el lector sepa que se trata de Cervantes. Contemplando las islas Marías, encendidas como rubíes, el soldado piensa un poema dedicado a ellas en las que las contempla como jardines del mar (este poema es uno de los primeros textos líricos intercalados en las breves páginas de la novela). Al ser apresada la galera por los corsarios, el soldado manco comenta: «Tras la guerra, la pobreza; tras la pobreza, el cautiverio. ¡Señor, Señor! ¿Podré, algún día, escribir tranquilo?» (p. 11b). No se pone de relieve su carácter heroico en el asalto, pues es consciente de que la lucha es desigual y no se puede hacer nada por evitar la captura (además, apenas hay descripción en este pasaje del combate).

Enseguida da muestras de su prudencia cuando intercede en favor de un pobre hombre que ha insultado a Arnaute Mamí; cuando este ordena que lo ahorquen, Cervantes argumenta que se trata de un loco y le pide que dé una

prueba de su magnificencia perdonándolo, cosa que logra. Después, todos los prisioneros van indicando su nombre para el registro; el último de todos es «Miguel Cervantes Saavedra, de profesión soldado» (p. 13b). En suma, este primer capítulo nos muestra a un Cervantes condenado a la guerra, la pobreza y el cautiverio, pero con un capital grande de prudencia e ingenio que le permite, por ejemplo, salvar la vida a un hombre en una situación crítica.

El capítulo segundo resulta muy interesante para la caracterización del escritor. Arnaute Mamí sospecha que Cervantes es un alto personaje disfrazado de soldado; por ello, se presenta con él ante el rey de Argel. Este lo considera un cautivo más, pero aquel replica: «No, no, no... En él hay algún misterio, algún poder oculto, alguna extraña cualidad que no acabo de comprender... ¡Si vieras cómo habla! ¡Qué juicios hace sobre las cosas más vulgares!...» (p. 15b). En esta entrevista Cervantes da muestras de su nobleza de alma: «Ya está el soldado Miguel de Cervantes en presencia del rey de Argel. Su mirada es tranquila y clara. Su frente luminosa. Sus movimientos naturales y con un aire de nobleza innegable» (pp. 15b-16a). Poco a poco, el rey se va interesando por él. Citaré el diálogo que se establece entre ambos:

—Es que ya dije que, además de soldado, era poeta.

—¿Pero tan pobre que no te crees digno del rescate?

—Pobre de dineros y rico de orgullo. Sin embargo, de ti, señor, dependerá que escriba o no un libro que sea asombro de la gente venidera.

—¿Un nuevo Al-Korán, acaso?

—Sí y no. Sí, porque podrá servir de libro de virtudes para todo aquel que necesite ver en él notables ejemplos de virtud. No, porque con él quiero inaugurar como una especie de religión que no tenga nada que ver con el cielo, sino con la tierra, dando a la fuerza del espíritu una nueva interpretación.

—De verdad que no te entiendo, poeta, y no sé si hablo con un loco o si el loco soy yo, pues que no se concibe para un mahometano, ni supongo que para un cristiano tampoco, que pueda haber virtudes separadas de la religión.

—Así es, en efecto, en nuestros días; y no me atrevería yo a sostener la tesis contraria en mi patria, donde todo es sospechoso de herejía. Pero me hago cuenta de que aquí, hablando contigo, ya que no tengo libre el cuerpo, tengo libre el pensamiento y trueco la libertad de éste a cambio de la prisión de la carne, para compensar lo amargo de lo uno con lo dulce de lo otro (pp. 16a-b).

⁷ No menciona Endériz a la Inquisición, aunque sí podemos adivinar una alusión indirecta al decir Cervantes «mi patria, donde todo es sospechoso de herejía».

⁸ Recordemos las célebres palabras en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, donde en tercera persona dice Cervantes de sí mismo: «Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades». Y sabemos que sacó buen partido literario de la experiencia biográfica del cautiverio para varias de sus obras.

⁹ Estas palabras recuerdan las célebres de *Quijote*, II, 58: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida».

Ante estas reflexiones, el rey de Argel se ve obligado a reconocer: «Bien se ve que eres maestro en enredos» (p. 16b). Aparte de la alusión a la futura redacción del *Quijote*, la idea que transmiten las palabras de Cervantes es bien clara: en Argel está cautivo de cuerpo, pero goza de una libertad de pensamiento que en España seguramente no tendría.⁷

Otro pasaje interesante de este capítulo lo constituye su diálogo en los baños con los alféreces Ríos y Castañeda. Ambos están felices porque confían en que llegará pronto su rescate; «Cervantes, en cambio, pobre soldado confundido con un príncipe, tenía sobre él la amenaza de que aquello durara una eternidad» (p. 17b). Pero, pese a todo, se muestra «animoso y jovial». Les dice que ellos no le hacen daño con su alegría, y asegura que será libre escribiendo:

—No lo creáis... No soy tan necio ni tan egoísta que piense que el mal de todos alivia el mío... Sed libres y felices... Es lo que yo os deseo... En cuanto a los días amargos que me esperan, estad seguros que sabré aliviarlos si tengo herramientas con que escribir, que la poesía desencadena y hace libres los espíritus, consuela los dolores y eleva el alma; puede, en fin, más que el más bárbaro verdugo y la más dura prisión (p. 17b).

Y comenta el narrador para cerrar el capítulo: «El espíritu de Cervantes se plasmaba en aquellas sus dulces palabras de consolación, volaba hacia las luces de la tarde que declinaba; tenía catorce alas como un soneto...» (p. 17b).

El comienzo del capítulo tercero nos retrata a Cervantes como hombre curioso: se insiste en que no cree cercana su liberación, por el mucho dinero que piden por ella. ¿Qué hacer, entonces? «Paciencia; mirar a este cielo turquesa de Argel y estudiar a este mundo nuevo en que hemos caído, procurando sacar provecho de la lección» (p. 18b). Por su parte, el narrador comenta: «Ya hemos visto que tomó con resignación su triste suerte» (p. 19b).⁸ Y lo retrata también como hombre decidido a la libertad; cuando *El Dorador* le propone la fuga, le responde así:

—Un brazo me falta, y si no me faltara, diéramelo con gusto por la libertad, que, sin libertad, la vida es mil veces peor que la muerte misma. Así pues, a aquel que lograrme pueda esa libertad y lo haga con el desinterés que tú me manifestas, no sólo le deberé la vida, sino más que la vida, aunque ya dije lo que entre la libertad y la vida existe (p. 20b).⁹

Cervantes insiste en proclamar su valor: «Nada me asusta» (p. 20b). Y el narrador explicita que era un «hombre extraordinariamente valeroso» (p. 20b). Igualmente, queda caracterizado aquí como hombre piadoso:

—Señor mío Jesucristo... Grande es tu nombre y tu poder y benditos y alabados sean el uno y el otro... Mas si te apiadaras de este pobre esclavo tuyo y quisieras consentir en arrancarle de este sitio en que me hallo, reintegrándome a mi patria y a los míos, donde aún puedo ser útil en mi inutilidad, tu misericordia sería infinita y mi agradecimiento sería eterno... Padre nuestro que estás en los cielos... (p. 21b).¹⁰

¹⁰ Y tras la oración, se indica, queda como en éxtasis. Poco antes había jurado por la Santísima Trinidad (p. 20b).

A su vez, Cervantes no olvida en su cautiverio que es escritor, y así compone una poesía dedicada a la princesa Zulima, la hija del rey de Argel, de la que está enamorada el jardinero Juan: «Princesa, princesa, que en los jardines del rey...» (ver los versos en la p. 23a-b). Un aspecto muy importante lo va a constituir su amistad con Juan, con quien Cervantes comparte el protagonismo en la parte final de la novela. *El Dorador* le ha presentado a Juan de Valtierra como cristiano y navarro: «¿Cristiano y navarro?... Las dos, para mí, prendas de calidad» (p. 21a), comenta Cervantes. Juan organizará la fuga de Cervantes, para lo cual este habrá de pasar un tiempo encerrado en un pozo del jardín del rey. En esos tres meses que comparten, los dos españoles se convierten en amigos inseparables, hasta el punto de formar un solo corazón: «Entre aquellos dos hombres, enamorado el uno y el otro poeta, se hizo una enorme pausa entrañable que los abrazaba de corazón a corazón en su propia quietud» (p. 23b). El amor (Juan y Zulima) y la amistad (Cervantes y Juan) serán los dos temas nucleares en este tramo final del relato.

En fin, el capítulo IV y último insiste en esa leal amistad que se ha entablado entre ambos y en el deseo de libertad del escritor. Cervantes, en efecto, se siente libre escondido en el pozo:

Dura y penosa era la existencia del pobre Miguel de Cervantes en aquel miserable pozo del jardín de Azán Bajá que Juan de Valtierra le había proporcionado como escondite, hasta esperar su liberación. Pero con todo, no pasaba día sin que Cervantes diera gracias a Dios por tan tremendo beneficio, pues entre vivir la esclavitud de los baños y sin esperanza, y aquella relativa libertad

y la creencia de poder escapar un día, no cabe duda que existía un beneficio. Además había conocido a Valtierra, un hombre completo, un amigo leal, una de esas almas que confirman lo que el hombre tiene de buena levadura cuando no de mala (p. 24a).

En esas largas horas de inactividad y reflexión, Cervantes sigue soñando con la libertad: «Y soñaba con la libertad. Y la veía siempre en forma de paloma. Llegaba hasta él, revoloteaba sobre su cabeza, se posaba sobre sus hombros y cuando se alargaba su mano para conseguirla, se le escapaba siempre» (p. 24a-b). Cuando se acerca el momento de la fuga, Juan le anima diciéndole: «Es que hace falta valor», a lo que responde Cervantes: «Para huir de Argel, no me falta... No tanto para huir de ti puesto que, para mí, ya eres como un hermano...» (p. 24b). Juan, que también le ha cobrado gran afecto, vaticina ahora: «Tengo para mí que, andando el tiempo, tú serás una gloria de nuestra patria» (p. 25a). Ambos hombres se dan la mano y se abrazan, ya totalmente identificados.

Nos acercamos al desenlace. La impaciencia devora a Cervantes: «Dios había atendido su ruego... A España, a la patria otra vez...» (p. 26a). Y se despide del buen jardinero con estas palabras: «¡Adiós, amigo mío, hermano! ¡Suceda lo que suceda, no te olvidaré nunca!» (p. 28b). Todo está preparado, un bajel cristiano espera cerca... Sin embargo, la llegada de *El Dorador* con gente armada desbarata el plan; indica que busca a Juan, y que no tiene nada contra Cervantes; es más, se ofrece a protegerlo, pero este dignamente rechaza su protección. El escritor es devuelto a su prisión:

La policía del Baxí, que ya se llevaba a Valtierra por delante, ató fuertemente a Cervantes, después, y lo trasladó de nuevo a los baños, donde se le sujetó con una cadena. El sueño de su libertad se ha esfumado otra vez. Ya, de nuevo en la cárcel, sólo piensa en la suerte que correrá su amigo, el leal Juan de Valtierra, el amante de Zulima, la hija del rey Azán, el hombre apasionado y bueno (pp. 28b-29a).

Juan es ahorcado al día siguiente en los jardines reales. La princesa ha tratado de interceder por él, pero no ha servido de nada. Estas son las líneas finales de la novela:

Cervantes llora amargamente. Y no aquel día solamente, sino cuantos le quedaban todavía por estar en prisión en aquel cautiverio que duró más de cinco años y del que él solía decir, ya libre y en España:

—Ni me salvaron los frailes dedicados a rescatar cautivos, ni el Estado de la Monarquía que defendí y por la que perdí mi mano izquierda. Me salvaron los amigos, que son los únicos que existen, cuando existen (p. 29b).

Un aspecto que no he comentado todavía, pero que resulta bastante evidente, es el paralelismo que existe entre la situación del protagonista del relato y la del autor, un exiliado republicano español, también escritor; entre la falta de libertad que padecen los cristianos en Argel y la situación en la España de los primeros años de posguerra, paralelismo que se explicita, por ejemplo, cuando el autor equipara los *baños* con los campos de concentración de su presente histórico («aquella prisión, que hoy llamaríamos campo de concentración», p. 18b). Es un detalle que ya notó Jesús Arana Palacios (1993:498): «Hace decir Ezequiel Endériz a Cervantes en esta obra frases que podrían aplicarse sin mucha dificultad a la propia situación del novelista».

3. Breves notas sobre el estilo

Seguramente el rasgo estilístico más notable de la novela es la abundancia de símiles e imágenes: la mañana como una rosa de mar abierta (p. 7a); el agua del mar como esmeralda líquida (p. 8b), que enciende las islas Tres Marías «como tres rubíes» (p. 8b), las cuales se equiparan además con *oasis* y *estrellas* (p. 9); las naves corsarias de Arnaute aparecen «ligeras como centellas» (p. 10a); en la descripción de la ciudad de Argel, «blanca y marítima, con rumores de caracola» (p. 13a), la torre de la mezquita se alza «como una flecha dorada» (p. 13a); las estrellas son «novias blancas / que viajan por el cielo en un coche / de pedrerías» (p. 26b), etc. Encontramos alguna metáfora I de R: «El dulce caramelo de su vida» (p. 9), alguna serie trimembre: «Yo soy blando, generoso, magnánimo...» (p. 11b); y algún recurso de oralidad, del tipo: «Ved... y ved...» (p. 11b).

Algunos breves pasajes, sobre todo descriptivos de paisajes o ambientes, presentan cierto tono poético: «Y las estrellas, líricas y movedizas, iban colocándose en el amplio terciopelo de la noche argelina que recogía la canción aquella como en una ancha copa de brisa y ensueño...» (p. 26a-b); «la noche era clara, demasiado clara. Sobre Argel dormida, la plata de la luna sacaba metálicos reflejos de

la blancura de las casas. Todo era silencio y misterio» (p. 28a). Ya he comentado, además, que en el relato se intercalan algunos poemas, atribuidos a Cervantes, pero compuestos en realidad por Endériz.

El humor y la ironía se hacen presentes por medio de breves comentarios puestos en boca de Cervantes: por ejemplo, la referencia antisemita al hablar de los mercaderes judíos que van en la *Mendoza* (dice que se jugarían la vida, pero no la mercancía, p. 8a).¹⁰ Cuando el corsario que los apresa comenta que los prisioneros que no tengan dinero serán convertidos en esclavos o servirán como alimento para sus tigres, Cervantes comenta irónico: «Tanto honor, señor capitán...» (p. 12a). Luego el rey de Argel le explica que ha pedido como rescate su peso en plata, y Cervantes le replica que le pese pronto o le den más de comer, porque si no perderá dinero. En un determinado momento, Juan afirma que Zulima es la mujer de su vida, a lo que responde Cervantes: «Cuidado, porque estas mujeres de nuestra vida suelen ser las mujeres de nuestra muerte» (p. 22b).¹¹

En fin, llamaré la atención sobre algunos *deliciosos* anacronismos o errores (no los considero voluntarios) que incluye la novela: ya en la primera línea, el narrador habla de las *fragatas* españolas (p. 7a); poco después alude a las *piraguas* corsarias de Arnaute (p. 10a); en los *baños*, la corneta del presidio toca diana (p. 21a); Zulima es «tostada como un nardo [sic]», (p. 22a)...

4. Final

Ciertamente, no estamos ante una novela de excepcional calidad literaria que evoque narrativamente el cautiverio de Cervantes en Argel. Sí ante una pieza curiosa e interesante, sin mayores pretensiones literarias, en la que lo esencial es la caracterización de Cervantes, como escritor y como cautivo anheloso de libertad. O, mejor: la identificación personal e íntima que se adivina —aunque no se explicita— entre el protagonista del relato, Cervantes, el cautivo de Argel, y el autor, Ezequiel Endériz, republicano español exiliado en Francia.

¹⁰ También en el capítulo III gasta bromas a un judío.

¹¹ Se trata de un comentario humorístico, pero acabará convirtiéndose en trágica realidad.

Bibliografía

- Arana Palacios, Jesús, «Más noticias sobre Ezequiel Endériz», *Príncipe de Viana*, año 54, núm. 199 (mayo-agosto de 1993), pp. 483-499.
- Corella Iraizoz, José María, *Historia de la literatura navarra (Ensayo para una historia literaria del Viejo Reyno)*, Ediciones Pregón, Pamplona, 1973.
- Endériz, Ezequiel, *El cautivo de Argel. Novela corta inédita*, [Imprimerie Portes et San Jose], Toulouse, s. a., [D. L., 1949].
- «Endériz Olaverri, Ezequiel», ficha en http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/5059_enderiz-olaverri-ezequiel.
- Garcés, María Antonia, *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*, Gredos, Madrid, 2005.
- García-Sanz Marcotegui, Ángel, *Navarra, conflictividad social a comienzos del siglo xx*, Pamiela, Pamplona, 1984.
- *Republicanos navarros*, Pamiela, Pamplona, 1985.
- *Diccionario biográfico del socialismo histórico navarro (I)*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2007, pp. 480-490.
- «E. Endériz (1889-1951) y V. Gabirondo (1884-1939). Dos exponentes del periodismo de la República y la Guerra Civil», en *Comunicación, cultura y política durante la II República y la Guerra Civil. II Encuentro de Historia de la Prensa*, vol. 1, coord. Manuel Tuñón de Lara, Universidad del País Vasco-Servicio de Publicaciones, Vitoria, 1990, pp. 268-281.
- Gil Gómez, Luis, *Otra galería de tudelanos ilustres*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1978 (Colección Navarra. Temas de Cultura Popular, 326).
- González Ruano, César, *Antología de poetas españoles contemporáneos en lengua castellana*, Gustavo Gili, Barcelona, 1946.
- *Mi medio siglo se confiesa a medias. Memorias*, Renacimiento, Sevilla, 2004.
- Iribarren, Manuel, *Escritores navarros de ayer y de hoy*, Gómez, Pamplona, 1970.
- Martín Nogales, José Luis, *Cincuenta años de novela española (1936-1986). Escritores navarros*, PPU, Barcelona, 1989.
- Mata Induráin, Carlos, *Navarra. Literatura*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2003.
- Ruiz Pérez, Jesús, «Soviet y República. La lógica insurreccional de la extrema izquierda republicana durante el trienio bolchevista», en *Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: Movimientos sociales en la España contemporánea*, Vitoria, 20 a 22 de septiembre de 2006 (edición digital).
- Sánchez-Ostiz, Miguel, «Endériz Olaverri, Ezequiel», *Gran Enciclopedia Navarra*, vol. IV, Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona, 1990, p. 290.